

ngo. El magistrado se aterra viendo reaparecer obstinadamente aquel escrito, como una comprensión muda, como una silenciosa apelación.

La sombra misma se muestra al fin, y el magistrado la interroga con la frialdad y las formas de su oficio, y convencido de su identidad é inocencia, se sienta en su tribunal. Los verdaderos reos le son presentados, la sombra sostiene la acusación, y aunque los asesinos invocan al poderoso Lao-Seu, la sombra insiste, y los obliga á confesar su crimen. Las últimas palabras de la sombra van dirigidas á su padre, pidiéndole que horre de la sentencia el nombre de Teu-ngo.

§ 3. LOS TRÁGICOS GRIEGOS.

Se refiere á la Narración, Lib. III, cap. 19.

La poesía dramática adquirió en Grecia más importancia que en ningún otro país, retratando por una parte la vida exterior y el íntimo sentimiento de la belleza armónica, y por la otra resumiendo en sí toda la literatura restante, á saber: la historia y la epopeya en el enredo, la elocuencia en el diálogo, la lírica en los coros, y además las bellas artes en las decoraciones. Una medida de aceite y una rama de olivo cogida en los jardines de la Academia eran el premio destinado al vencedor de los juegos dramáticos; pero á él se unían el aplauso del pueblo más culto, la ejecución adornada del más pomposo aparato escénico, el carácter patriótico y religioso que tomaban las representaciones y el poeta. Por eso Aristóteles colocaba á la musa trágica por encima de la épica.

ESQUILO.

Dejando á un lado las débiles tentativas anteriores, y las inútiles disputas de prioridad, Esquilo se nos presenta como el que, si no inventó, elevó la tragedia á la categoría de arte armónica y bella.

En cuanto á la forma, la epopeya jónica y la lírica dórica le enseñaron el vuelo; al único actor introducido por Frinico para que hablase con el coro, añadió otro y creó el diálogo; dió á la tragedia palco escénico regular, trajes y decoraciones propias, invenciones mecánicas, dignas de entretener al más culto de los pueblos, reunido en Atenas en las fiestas Dionisiacas, que se celebraban entre fines de marzo y principios de abril. Retrató al hombre en sus formas más gigantescas, cuando, por una fuerza superior, inevitable, es arrojado de la cúspide de la fortuna al abismo de la miseria, y del severo dogma de la fatalidad dedujo el interés de sus dramas. En seguida, para que las impresiones fuesen más graves, fué á buscar asuntos en las tradiciones más remotas, en aquellos mitos que revelaban las sublimes verdades pri-

mitivas, y que él había aprendido en la escuela de Pitágoras (1): allí encontró á Prometeo, símbolo de la humanidad, que roba el fuego celeste, civiliza á los hombres, y es castigado por el bien que hizo y libertado por la fuerza. De él formó el protagonista de una tragedia, la cual, según los pedantes, debe considerarse como mezquina, por reducirse á eternos lamentos del héroe ó de otras divinidades; pero que ofrece al lector inteligente un grandioso emblema del hombre que peca, sufre y se regenera, ó del genio que padece porque es grande, porque no se somete al imperio de Júpiter, y ama más á la raza humana que á sí mismo.

La acción del *Prometeo* se dividía en tres partes; pero solo ha llegado á nosotros la que describe sus padecimientos. La Fuerza y el Poder conducen á Prometeo « á las más remotas comarcas de la tierra, á las inaccesibles montañas de la desierta Escitia. » Allí Vulcano, obligado á encadenarle de orden de Júpiter, le compadece:

« ¡Oh, hijo de Témis, cuya mente nutre profundo saber! á pesar mío te ciño con estos indisolubles nudos de hierro en esta inhospitalaria roca, donde no oirás ninguna voz ni verás ningún rostro humano. Quemado, bronceado por los rayos del sol, tu aspecto cambiará. La noche suspirada ocultará la luz con su estrellado manto, y el sol disipará de nuevo el rocío del alba, sin que sus disgustos cesen de devorarte ni haya quien te alivie. Tal es el fruto del amor de los mortales, con quienes quisiste ser demasiado liberal, no temiendo la cólera de los dioses, y por lo mismo permanecerás aquí eternamente guardando esta roca, sin cerrar los párpados ni doblar la rodilla. Exhalarás muchos suspiros, lanzarás muchas quejas inútiles; porque el corazón de Júpiter es inexorable, y siempre peca de áspero aquel cuyo imperio es reciente. »

Pero el Poder y la Fuerza extinguen en él la Piedad, y cuando Prometeo está encadenado, el primero le insulta diciéndole:

« Ahora puedes hacer gala de tu atrevimiento; ahora, arrebatando sus dotes á los númenes, puedes comunicarlas á los mortales. ¿Qué mérito escogitarán, di, los hombres para aliviarte de este martirio? Verdaderamente los dioses no acertaron en llamarte Prometeo (2); tú mismo necesitas de un Prometeo que te saque de semejante apuro. »

Entonces Prometeo prorrumpe en un lamento sublime:

« ¡Oh éter divino! ¡Oh veloces y aladas áuroras! ¡Oh manantiales de los ríos! ¡Oh innumerables olas del mar! ¡Oh tierra!.... á ti, madre de todas las cosas, y al ancho disco del sol omniveyente imploro. Miradme; ved cuánto pa-

(1) Venial Aeschylus, sed etiam Pythagoreus. Cic. Tuscul., II, 9.

(2) Prometeo significa *provído* según la etimología griega. Nosotros hemos dado otra distinta etimología á esta palabra.

dezo á manos de los númenes, yo que también soy númen: ved las penas que deben martirizarme por un tiempo infinito! Este infame tormento halló para mí el nuevo jefe de los dioses. ¡Ah! Lloro lo presente y lo porvenir; ¿cuándo concluirán tan terribles males? Pero ¿qué es lo que digo? Ante mis ojos se presenta claro lo futuro, y no me sucede ningún desastre impensado. Preciso es soportar el golpe del hado con calma, pues la fuerza del destino no puede contrarrestarse: lo sé; pero, en tal estado, tan duro é imposible me parece callar como no callar. Este castigo me ha sido aplicado, ¡infeliz! porque hice un regalo á los mortales. En una caña hueca me atreví á robar una chispa del fuego del sol, origen de todas las artes, la mayor de las utilidades para el hombre: tal es mi delito, y por él yazgo aquí entre cadenas, al aire libre. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!..... »

Solo el arte en sus últimos tiempos, y cuando es menos natural, pretende que los héroes sufran sin lanzar un gemido, y que la debilidad humana desaparezca bajo el orgullo heroico. Las Oceanidas, el mismo Océano y el coro acuden á oír y compadecer al ilustre desgraciado, y sus cánticos endulzan la angustia de aquella situación. Al principio Prometeo indica la historia de Júpiter y su ingratitud hacia él, y añade:

« Tiempo vendrá en que el señor de los dioses necesitará de mí, de mí, maltratado como me veís con tan duros hierros, para que le descubra la nueva trama urdida con objeto de destruirle; pero en vano tratará de aplacarme con palabras lisonjeras ó de imponerme terror con crueles enemigos. No desplegaré los labios hasta que no me deje libre y me satisfaga la deuda de este suplicio impío. »

Después abandonándose á nuevos lamentos, expone los servicios que ha hecho al hombre:

« Apenas se hubo sentado Júpiter en el trono paterno, repartió diversos dones entre los dioses, y arregló el imperio. Solo se olvidó enteramente de los infelices mortales, pues, al contrario, quería destruir toda la raza humana y procrear otra; nadie se opuso, excepto yo. Yo fui el único que osé obrar en contra; yo preservé del Orco las humanas vidas, y por eso me consumo en medio de estas atroces penas. Á mí, que me compadece de los mortales, no se me consideró digno de lástima, y oprimido cruelmente, sirvo de espectáculo oprobioso á Júpiter. »

CORO. Tiene sentidos de hierro y ha nacido de un pedernal, ¡oh Prometeo! el que no se conmueve al verte y al ver tus desgracias. ¡Ay! ¡ojalá que no te hubiese visto nunca en tal estado! El dolor embarga mi alma.

PROM. Para ojos amigos, soy en realidad digno de lástima.

CORO. Pero di, ¿no pasaste más allá, acaso?

PROM. La prevision del hado futuro evité en el hombre.

CORO. ¿Qué remedio aplicaste á semejante mal?

PROM. Esperé ciegamente habitar en él.

CORO. Has hecho un gran bien á los mortales.

PROM. Además les di el fuego.

CORO. ¿Poseen también el fuego?

PROM. Y aprenderán por su medio muchas artes.

CORO. ¿Con que son esas las culpas que Júpiter en ti castiga tan severamente? ¿Y no está fijado el término de tu padecimiento?

PROM. El término será cuando á él le agrade.

« Como se descubren las tradiciones teológicas en esta filosofía que, procedente del templo, se une á la poesía! En otro lugar revela al coro más abiertamente sus beneficios:

« Oid las necesidades de los mortales, y cómo les dispensé juicio y entendimiento, á ellos que eran antes estúpidos. No lo digo porque tenga quejas de ellos, sino para demostrar lo mucho que los he amado. Antes no veían, aunque tuviesen ojos, ni oían, aunque tuviesen oídos, semejantes á las larvas de los sueños y hacia largo tiempo que todo lo mezclaban necia é inútilmente. No sabían fabricar casas con piedras, ni cubrirlas con vigas, sino que pasaban la vida bajo tierra, como viles hormigas, en medio de las tinieblas de oscuras cavernas. Ellos no veían señales distintas en el invierno, en la florida primavera, en el fructífero verano, todo lo hacían sin saber por qué. Yo les mostré los nacientes y ponientes secretos de los astros; inventé para ellos el arte soberano de los números; les enseñé á enlazar los signos de las letras, y á educar la memoria, ejecutora de todas las cosas y madre de los Musas. Yo fui el primero que uní al yugo los animales, para que sirviesen al hombre, reemplazándole en llevar graves pesos; yo sometí al freno los caballos, y los conduje al coche, pompa de alta opulencia; y por último, yo, solo, inventé los veleros carros undivagantes de los pilotos. ¡Infeliz! ¡Y después de enseñar tantas artes y ciencias al hombre, no hallo medio de libertarme del presente infortunio! »

Justo es, pues, que toda la naturaleza tome parte en su desgracia:

« Esta tierra lamenta tu infortunio, y resuenan en torno los gemidos que le arrancas tú viéndote precipitado con los tuyos desde la cumbre de los honores al más profundo abismo. El dolor que tus graves y justas quejas expresan, hieren á todos los que tienen aun su mansion en el Asia.

« Lloran las vírgenes de Cólcos, impávidas en los tumultos de Marte, y el pueblo que habita en la apartada Escitia, á orillas de la laguna Meótis, y los marciales Árabes, y los que residen en las altas cimas del arduo Cáucaso, nación aguerrida y diestra en blandir la aguda lanza.

« Antes de ahora no he visto más que á un

númen sometido á tremendas penas; hablo de Atlante, otro Titan, que sostiene gimiendo sobre sus hombros el peso del grave, etéreo polo. El mar que se estrella contra él exhala un triste lamento, y el negro Orco se estremece desde el fondo de la tierra, y todos los manantiales de los ricos deploran sus padecimientos. »

El Océano trata de inducir á Prometeo á que se someta á Jupiter; pero él le contesta altivamente, dándole gracias, y encargándole no exacerbe al tirano con mostrarse compasivo respecto de la víctima.

Y para que la fortaleza de Prometeo resalte mas, aparece Io, que trasformada en novilla, cumple su mística peregrinacion, y gime acerbamente porque el hijo de Saturno le ha afligido con tantos males. Hermosísima es la poesia de Esquilo en la narracion que lo hace de sus desventuras y en los vaticinios de Prometeo, el cual vaticina el advenimiento de la dinastía de Argos y grita que ha visto ya el destronamiento de dos reyes del cielo, y espera ver el del tercero :

« Mirad, la tierra se estremece; el trueno muge y retumba; tortuosas saetas inflamadas brillan; los torbellinos levantan nubes de polvo; todos los vientos soplan el uno contra el otro, y el cielo se mezcla con el mar. Sin duda tan gran ruina procede de Júpiter, para amedentrarme. ¡Oh veneranda madre! ¡Oh éter que irradias en todo el mundo! ¡Mirad cuán inmensa es la injusticia que me abruma! »

Esta escena de padecimientos morales encubre seguramente un sentido alegórico, que no han podido revelar aun tantos como lo han intentado; pero sorprende hallar en un escritor tan moderado y de tan recto juicio como Villemain estas palabras: « Je ne parle pas du » *Prométhée*, pièce monstrueuse, où l'on voit » arriver l'Océan qui vole, porté sur un animal » ailé, et d'autres folies poétiques de l'imagination grecque. (*Cours de littérature française*, parte III, lección 5ª.) Monstruoso, locuras, porque se aparta de la pomposa decencia que imponen á los Griegos sus imitadores. Tambien Metastasio hace observaciones mezquinísimas sobre el Prometeo de Esquilo, *drama tan extravagante y fantástico*, y convierte en burla el enredo y el diálogo con despojarlos de la vestidura poética. No advirtiendo aquella sublime personificación de la humanidad, destinada al cielo, y sin embargo adherida aun á la tierra, censura los largos discursos de Prometeo, no obstante hallarse clavado en la roca, y su curiosidad de oír la historia de la vaca Io; y cuando profetiza que Júpiter caerá y le reemplazará otro dios, protesta singular de la Grecia todavía en la infancia, y que á pesar de todo sentía ya que la antigua mitología no satisfaría la vigorizada conciencia de los tiempos nuevos, á Metastasio no le ocurre la menor reflexión.

En el *Agamemnon* campea la grandeza moral. Hace diez años que la atalaya, desde las eleva-

das casas de los Atridas, mira hácia Troya, para saber si las concertadas señales indican la toma de la ciudad; el vigía y el coro se quejan de tan gran demora, cuando Clitemnestra sale anunciando que Troya está en manos de los Griegos; poco despues llega el heraldo Falibio con la alegría del que vuelve á ver su patria, y en seguida el mismo Agamemnon en medio de cánticos triunfales.

Inútil es la observacion de que estos hechos no pueden verificarse en veinte y cuatro horas como prescriben los retóricos; pero sí notaré, que en esta tragedia resalta el afecto, mas de lo que es costumbre ver en Esquilo. El coro, recordando el rapto de Elena, supone en boca de los cantores de Menelao lo que sigue :

« Los sabios derramando abundantes lágrimas, prorumpieron en estas dolientes notas: ¡Oh casas! ¡Oh casas! ¡Oh príncipes! ¡Oh tálamo! ¡Oh vestigios de dulce amor perdido! Con aspecto triste, sofocando en mudo y lóbrego dolor tan grande afrenta, el marido recorrerá semejante á un espectro escuálido, á causa del deseo de la fugitiva esposa, los salones del palacio, é importunará la encantadora imagen de esta, grabada en los mármoles, pues donde no brillan los ojos, toda chispa de amor esta muerta. Se le aparecerán mientras duerme larvas que le halaguen con un falso placer, pues inútilmente se forja ilusiones la fantasía del hombre, que cree contemplar el dulce rostro de la persona amada, y ve luego desvanecerse en las rápidas alas del sueño. »

Despues Clitemnestra describe así los disgustos de la esposa separada del esposo :

« Argivos, inclito honor de Argos, no me avergüenzo de descubrir ante vosotros mi ardiente amor de esposa; con el tiempo se afloja hasta el freno de la modestia. Sé, por experiencia, cuánto he sufrido mientras Agamemnon ha estado al pié de las murallas de Troya. Es inmensa pena para la mujer estar sentada sola en su alcoba, y oír las noticias desagradables que le traen ya este, ya aquel, siendo siempre portador el último de una mas grave. Si este hombre hubiese recibido tantas heridas como vociferó la fama, podría considerarse su cuerpo con mas agujeros que una red; ó si hubiese muerto tantas veces como se dijo entre nosotros, pudiera jactarse, segundo Gerion, de tener triple cuerpo mortal y por cada vida contar una muerte. Tan horribles rumores fueron causa de que á menudo manos extrañas me desatasen el lazo del cuello, á mi pesar; y lo son hoy tambien de que no se halle presente, como debiera, su hijo Orétes, amada prenda de nuestra fe. No te admire esto; pues el Focense Estrofo, nuestro aliado y amigo, le llevó consigo para custodiarle, alegando el peligro que corria tu vida delante de Troya, y lo que aquí sucedería si algun tumulto popular se desencadenase contra nosotros, siendo innato en el hombre al ya caído hollarle mas. No hay engaño en mis palabras; está de ello seguro.

Las fuentes del llanto se han secado, y dentro no queda una sola gota; mis ojos se debilitaron con tan largas vigias y con aguardar llorando que hiciesen las fogatas mensajeros siempre inútilmente esperados. En seguida saltaba del lecho, despierta por el sutil zumbido del mosquito, ó te veía en sueños víctima de mas desgracias que las que cabian en un tiempo tan breve. Pues que tanto he padecido, bien pudiera llamar á este hombre, mastin que defiende el redil; cuerda que salva á la nave en peligro; firme columna de elevado edificio; único hijo para su padre; playa que descubre el piloto, una vez perdida toda esperanza; dia hermosísimo tras horrenda borrasca; rio cristalino á que acude á beber el sediento viajero. Es dulce verse libre de pesares; y yo le creo merecedor de todos estos nombres. ¡Ah! ¡que la envidia huya de nosotros! Bastantes males hemos llorado hasta aquí. ¡Oh jefe amado! baja ya del carro; pero no toques la desnuda tierra con el pié devastador de Troya. Esclavos, ¿por qué tardáis en cubrir el suelo con los suaves paños? Que inmediatamente se tienda de púrpura el camino por donde haya de pasar, y que la Justicia, con los honores debidos, la conduzca al palacio que no se aguardaba volver á verle. Los demas, como es justo, ejercerán su vigilante celo (si así place á los dioses) para que nada falte al fin decretado. »

Pero el canto triunfal se suspende al oír la tremenda voz de Casandra, la profetisa de las desgracias, que recuerda al coro las antiguas atrocidades del palacio de Atreo, y anuncia otras nuevas. Sus amenazas le constituyen verdaderamente el principal personaje de la tragedia, tanto mas cuanto que al vaticinio une los lamentos que le arrancan sus males y la suerte de su patria.

« ¿Véis allí en el palacio aquellos niños que están sentados, semejantes á las larvas de los sueños? Son niños asesinados por sus parientes mas próximos: mirad cómo extienden las manos llenas de sus propias carnes y de sus entrañas, ¡horrendos manjares! de los cuales comió su padre. En seguida veo á un débil leon doméstico, que se revuelca en el lecho conyugal, tramando una venganza contra mi señor; digo mi señor, porque me es forzoso arrastrar yugo servil. Y el capitán de mil naves, conquistador de Troya, no ve que la lengua de aborrecible persa, usando de palabras dulces y lisonjeras, urde contra él (como oculta Ate) insidioso y funesto maleficio. Á tanto se atreve; mujer, se convierte en asesina de un hombre. ¿Qué nombre dará á tan abominable monstruo? Anfesibena. ¡Oh, entre los escollos, nuevo Escila, terror de los navegantes! ¡Oh madre furibunda del Orco, que respira contra los suyos guerra, inconciliable guerra! ¡Cómo aclamó esa mujer perversa y audaz el triunfo, y pareció gozar en que tornase á ella salvo su consorte! Acontecerá todo lo que tiene que acontecer. En breve sentirás tu corazón conmovido por una piedad pro-

funda, y dirás que he adivinado demasiado bien. »

Apénas ha concluido el fatídico canto, se oye gemir dentro á Agamemnon, herido de muerte; luego se ve su cadáver, y Clitemnestra se alaba ferozmente de haber vengado la sangre de su hija, derramada como si se tratase de una vaca, y los abrazos de otras mujeres, entre ellas Casandra.

« Aquella profetisa esclava, concubina suya, compañera constante de su lecho, que se embarcó en la misma nave que él, con direccion hácia aquí. ¡Digna recompensa recibieron entrambos! Él cayó; y su manceba, semejante á cisne gembundo, entonando su último canto, cayó tambien muerta, y añadió á mis placeres un condimento mas exquisito. »

Este drama no es mas que el primero de una trilogía. Siguen en las *Coéforas* el remordimiento de Clitemnestra y el dolor de Orétes, su hijo. Este, habiendo entrado en el palacio de Argos, se da á conocer á su hermana Electra, que exclama :

« ¡Oh dulcísimo amor de la casa paterna! ¡Oh esperanza única de salvacion que nos resta! Tú con tu esforzado valor recobrarás el estado de nuestro padre. ¡Oh amado mio! conmigo haces las veces de cuatro personas: tú ¡fuerza es decirlo! me sirves de padre; á ti dedico el amor que debería consagrar á mi madre (madre tan justamente aborrecida); á ti el amor debido á la hermana sacrificada, y por último, eres mi fiel y glorioso hermano. ¡La Justicia y la Fuerza te ayuden, y el sumo Júpiter! »

Orétes se presenta desconocido á Clitemnestra y á Egisto, fingiéndose portador de la noticia de su propia muerte, y cogiendo al amante de su madre le degüella. En seguida arrastra á su madre dentro de la escena para castigarla, y muestra á los Argivos los cadáveres de los dos asesinos de su padre, diciendo :

« El fatídico Apolo me excitó á dar el golpe, declarando que yo estaba inocente de toda culpa, y amenazándome, si no lo descargaba, con un castigo cuyo horror nadie podría imaginar. Ahora, llevando en la mano esta rama y en la frente esta corona, me encamino á Delfos, donde están el templo, el ara y el fuego inextinguible de Apolo. El númen me ordenó huir de los lugares testigos de semejante muerte, y no enderezar mis pasos á otros umbrales. Apelo á todos los habitantes de Argos. »

Pero Orétes, aunque no haya hecho mas que ejecutar la orden del dios, siente el remordimiento del parricidio.

« ¡Ay! ¡Ay! ¿qué veo? como Gorgonas, envueltas en negros paños, allí están, ¡oh mujeres! é innumerables sierpes se entrelazan en sus cabellos. No puedo permanecer mas aquí. »

Coro. ¿Qué fantasías te perturban, oh hijo predilecto de tu padre? Detente; no te dejes vencer por el temor.

ORÉTES. No son fantasías, no; son, sí, las Furias de mi madre.

CORO. Sangre fresca mancha tus manos; por eso el terror abruma tu alma.

ORÉSTES. ¡Oh Apolo! Crece su número; se agolpan, y destilan de sus ojos sangre. ¡Horroroso espectáculo!

CORO. No desmayes; acércate al altar de Apolo, y el dios disipará esas visiones.

ORÉSTES. Vosotros no las véis; yo sí, y siento que me persiguen; detenerme mas es imposible.

Las Euménides que agitan á Oréstes dan cabalmente el título á la tercera tragedia de la trilogía de Esquilo. El principio es gigantesco. Estamos en el vestibulo del Apolo Delfico, y la Pitia, despues de una breve invocacion, sale del templo consternada, exclamando:

« ¡Espectáculo cuya descripcion es no ménos horrible que su vista! No puedo sostenerme; el aliento me falta; ando mas bien con las manos que con los piés. La mujer de edad proveya, cuando se apodera de ella el terror, es en todo semejante á un niño. Entro en el recinto sagrado, y veo á un hombre en actitud suplicante, destilando sangre de las manos, con la espada desnuda y una rama de olivo, envuelto en anchas tiras de blanca lana. En los asientos á su alrededor duerme una extraña turba de mujeres horribles... Dije mal mujeres, pues son Gorgonas... Ni Gorgonas tampoco; ni aun parecidas á las que he visto pintadas robando la cena de Fineo. Estas no tienen alas; son negras y abominables en todo. Roncan de una manera repugnante; un humor malo corre de sus ojos; su vestido es cual no se permite llevar ni visitando los templos de los dioses, ni entrando en las casas de los mortales. Jamas he visto canalla por el estilo; no hay tierra capaz de alimentar esa raza impunemente, sin dolor ni lágrimas. »

Son las Furias que, invisibles en la precedente tragedia y visibles en esta, acuden á atormentar á Oréstes. Miétras están aun durmiendo, él huye protegido por Apolo, y ellas en coro, en union de la sombra de Clitemnestra, se lamentan de que la víctima se haya sustraído de su poder, y se preparan á seguirle, por mas que Apolo trate de amansarlas disculpando á Oréstes. Este, en uno de aquéllos momentos en que la conciencia, reposada, pero no tranquila, se abandona del todo á la clemencia de los dioses, va al templo de Pálas en Atenas para justificarse:

« Pálas excelsa, yo, por la voluntad de Apolo, acudo á ti; acoge benigna á un reo que ha expiado ya su delito, y cuyas manos no están ya impuras; pues habiendo entrado en otros templos y conversado con los mortales, he lavado la mancha contraída (1). Por fin, despues de atravesar tierras y mares, obedeciendo siempre las sagradas órdenes de Apolo, llego, ¡oh diosa! á tus umbrales, á tu simulacro, y espero aquí la sentencia final del litigio. »

2) Hemos hablado ya de los ritos de la expiacion.

Allí tambien le alcanzan las vengadoras Furias:

« Aquí, aquí; esta es la señal infalible de sus pasos; sigámosla, y á la manera que el perro por la huella busca el cabritillo herido, busquémosle á él nosotras por las gotas de sangre que marcan su sendero. ¡Ah! el pecho está ahogado, á causa del largo y fatigoso camino; he recorrido en su persecucion todos los ángulos de la tierra; y he atravesado sin alas el mar no ménos rápida que una nave. En estos alrededores se ha ocultado indudablemente, pues regala mi olfato cierto olor á sangre humana. »

« Registrad, registrad con cuidado todo el templo, de modo que ese impío no pueda escapárenos. ¡Miradle! ¡Allí está! Toma nueva fuerza, abrazado al sagrado simulacro de la diosa. No es su intencion someterse á nuestro poder; pero tendrá que hacerlo, pues que por él yace exangüe una madre; ¡oh fuerza del hado! la sangre vital, una vez esparcida en la tierra, no es dado recogerla. »

« En cambio, chuparé la roja espuma de tus venas, y con ella saciaré mi sed. En seguida, descarnado y desangrado, quiero llevarte vivo á las mansiones subterráneas, donde, entre los muertos, sufras la pena del matricidio. Allí verás qué digna recompensa recibe el que fué malo con los dioses, con su huésped ó con sus padres. Allí reside el gran Pluton, conocedor de todos los delitos; Pluton, que todo lo vé y que lo lleva todo escrito en la mente. »

Estos son quizá los pasajes que hicieron abortar á las mujeres en cinta presentes á la ejecucion de la tragedia. Los dioses toman parte en el litigio; Apolo disputa con las Furias, Oréstes expone sus disculpas, Pálas oye, y los Areopagitas son jueces. ¡Cuánta veneracion debia conciliar á aquel augusto tribunal el verle decidir basta de las controversias sobrenaturales! Los votos se empatan. Pálas vota con Apolo, y Oréstes es absuelto.

Las Furias braman al principio, amenazando vengarse; pero luego, apaciguadas por Pálas, consienten en fijar su mansion en Atenas, como protectoras benéficas:

« Sí, acepto el fijar aquí mi residencia con Minerva, y nunca hará la guerra á este suelo, egregio adorador de altares, al que Júpiter omnipotente y Marte honran y veneran, como invicta mansion de los Númenes de Grecia; y con mente benigna que ve en lo futuro, rogará, que esparciendo siempre aquí el sol una luz brillante y pura, la naturaleza produzca en abundancia toda clase de bienes. Que las muertes intempestivas se alejen de este recinto; que las amables doncellas sean felices en sus matrimonios; hacédlo así, ¡oh diosas! que tenéis poder para ello. Parcas, hermanas nuestras, vosotras que dispensáis á todos igual justicia y dirigís siempre y sin distincion el pié fatal á todos los umbrales; diosas que superáis á las primeras diosas en grado de honor sublime. »

« Salve, en tu egregio estado de opulencia, salve, ¡oh pueblo feliz! que resides cerca de Júpiter, y estás dotado de sabiduría. Esta poderosa virgen te ama y tú á ella, y el que se acoge bajo las alas de Minerva, se capta el afecto del padre de la diosa. »

Por lo tanto, la trilogía concluye alegremente y en honor de Atenas con una fiesta y una procesion sagrada de prósperos augurios.

Las *Danáides* y *Los siete delante de Tébas* ceden en mérito á las que preceden, por cuyo bosquejo habrá comprendido ya el lector cuán escaso es el arte que emplea Esquilo; pero sería preciso leerlas en el original, para comprender el constante vigor y la sublimidad de su poesía, que á ningun otro idioma puede trasladarse por completo.

El sofista Gorgias, aludiendo á la tragedia de los *Persas*, dijo que Esquilo al componerla fué inspirado mas bien por Marte que por Baco, dios tutelar de los poetas trágicos. Con esto queria expresar un juicio que los subsiguientes críticos han aprobado, á saber: que la mencionada tragedia no tanto se distingue por sus bellezas poéticas como por haberla inspirado un gran sentimiento de patria y de nacionalidad.

Los Griegos acababan de salir triunfantes de una lucha, que cuando ménos debia inmortalizar su nombre, como el de una nacion que opuso el valor disciplinado y el heroico patriotismo á ejércitos innumerables, y preservó así al Occidente de una nueva invasion del Oriente. Era aquel el momento heroico del país, mucho mas eficaz sobre las opiniones y la política que no las empresas de los semidioses, por ser verdadero, por ser presente; pues la guerra entónces principiada no habia de terminar sino con Alejandro Magno. La tragedia de los tiempos futuros, si comprende su mision, deberá dirigirse á purificar las pasiones humanas, á extinguir los odios, las venganzas, á mostrar la torpeza del vicio, así como los consuelos y estímulos de la virtud desventurada. El arte antiguo no podia elevarse hasta este refinamiento de moral, y quizá todas las tragedias de aquella época, igualmente que la mayor parte de las modernas, inducen á sentimientos de odio y de venganza. Tales son los que despierta esta tragedia de Esquilo, el cual se propuso excitar en los Griegos cierta complacencia en el espectáculo de las desgracias de la nacion enemiga.

Pero, sin pedir cuenta al poeta por no haber hecho lo que no tenia intencion de hacer, observaremos cuán grande deberia ser la conmocion de los Atenienses, al ver el terror que en la corte de Persia excitaban los triunfos de la Grecia.

Tocante á las costumbres, Esquilo ignoraba las verdaderas de los Persas, hasta el punto de presentarlos adorando á los dioses, y á las mujeres exponiéndose á las públicas miradas; en la misma constitucion del país, en vez de la

monarquía despótica, introduce las formas de los gobiernos representativos, y un consejo de Estado que el rey dejó al emprender su marcha.

Respecto del arte, los modernos hubieran procedido de distinto modo; empezando por medio de vivos contrastes á exponer en la escena la esplendidez de la corte persa; la universal adoracion á los gestos y palabras del monarca; la jactancia de un triunfo que este creia tan seguro, para caer luego de repente en la humillacion y el terror. El gran trágico elige una marcha mas sencilla: al abrirse el poema, en una plaza delante del palacio de Susa, el coro de los senadores que Jérges dejó encargados del gobierno, tiembla persa; no se han recibido noticias (1), y enumeran las fuerzas que le siguen á la expedicion.

« Con él ha ido todo el poder del Asia, y el Asia murmura reclamando á sus jóvenes. Ningun mensajero ha llegado hasta ahora, ni ninguno de cuantos guerreros, abandonando á Susa, Ambatana y Gisa, marcharon parte á caballo, parte en las naves y parte á pié, á combatir sin tregua. Bajo las órdenes del gran rey, se pusieron otros reyes, jefes de los Persas, capitanes de considerables tropas, Amistro, Artafernes, Megabates, Astáspes, grandes maestros en el manejo del arco, jinetes de terrible aspecto en la batalla y cuya alma es incontrastable. Les acompañaron Artembaro, amigo de caballos, Masistro, el valiente arquero Imeo, Farandáces y Sostánes, agitador de corceles. A otros envió el fecundo y ancho Nilo; Susiscánes y Pegastago, Egipcio; el inclito Arsámes, jefe y señor de la sagrada Ménfis; Ariomardo, que gobierna la antigua Tébas, y la multitud inmensa de fuertes y hábiles remeros que moran en los desiertos pantanosos. Además, iba una caterva de muelles Lidios, y tambien los que tuvieron su cuna en todo aquel continente, y cuyos jefes son el rey Metragátes y el buen Arceo. La fértil Sárdis mandó sus guerreros en muchos carros tirados por cuatro y seis caballos, con formidable pompa. Amenazaban imponer servil yugo á Grecia, los pueblos vecinos al sagrado Tmolo, Taribo y Mardonte, seguros cual yunque contra los botes de la lanza, y los Misios, que disparan saetas. La rica Babilonia envió una confusa muchedumbre, y navegantes y flecheros insignes: en fin, cuantos individuos llevaban espada al costado, partieron de todos los puntos para ponerse á las órdenes de Jérges. Siguió sus pasos lo mas selecto entre los habitantes de Persia; toda el Asia gime con el ardiente deseo de sus hijos, y los padres y las esposas cuentan los dias de la larga ausencia y tiemblan de pavor... »

« Él con terribles ojos, semejante á los de cerúleo dragon, recorriendo poderoso la tierra y el mar, á una nacion fuerte en el manejo de la lanza provoca á feroz batalla de arcos; y no

(1) Otra infidelidad histórica en el país donde primero se establecieron los correos.